

CARLOS EFE

Ni siquiera quedan sombras



A mediados de los años sesenta del pasado siglo, un joven licenciado inicia su actividad docente en un rincón solitario de la sierra madrileña. El colegio, que cuenta con internado femenino, alberga algunas alumnas que han sido recluidas allí por los padres al perder su control, con la esperanza de que, aisladas y en un ambiente disciplinado de estudio, puedan enderezar su torcido rumbo; unas muchachas cuyo mayor empeño es liberarse del encierro, incluso poniendo en peligro su vida. El centro lo dirige un hombre obsesionado con una posible denuncia que lo destruiría personal y profesionalmente, si bien, de facto, es su mujer quien maneja las riendas, una persona de mente fría y vengativa capaz de llevar al límite la respuesta a cualquier agravio. Una serie de episodios de distinta índole van tensando el ambiente, que alcanza un momento crítico con el accidente de una alumna en extrañas circunstancias. Y como telón de fondo, una oscura organización dedicada a la educación de la mujer española y, en especial, a la formación sexual de las jóvenes mediante un método de lo más revolucionario.

Índice de contenido

Cubierta

Ni siquiera quedan sombras

1 Óscar

2 Claudia y Samuel

3 Maite

4 Silvia

5 Martina

6 Ebumá

7 Susana

8 Erika

9 Monitores y profesionales

10 Ludminda

11 Nieve

12 Sangre

13 Decálogo de la perfecta esposa

14 Chelo

15 En columna de a dos

- 16 Isabela
- 17 Centros singulares
- 18 Lo llamaron incidente
- 19 Silencio
- 20 Fotos
- 21 Táctica
- 22 Tania
- 23 En torno al maligno
- 24 Fiesta y baile
- 25 Compras en el Rastro
- 26 Reconocimiento mutuo
- 27 Quince loas y una plegaria
- 28 El declive
- 29 Alaridos de pavor
- 30 Objetivo común
- 31 Desaparecida
- 32 ¿Suicidio?
- 33 Encubrimiento
- 34 Exámenes finales
- 35 Fuego

36 Atrás queda

37 La carta

38 Desmemoria

Sobre el autor

A mis hermanos Jesús; y Amparo y Luis, en el
recuerdo.

Somos nuestra memoria, somos ese quimérico
museo de formas inconstantes, ese montón de
espejos rotos.

Jorge Luis Borges, Elogio de la sombra

1

Óscar

En la fría mañana luminosa de este miércoles, siete de octubre de 1964, el viento, intenso y persistente, se erige en voluntario protagonista. Sobre el suelo sus ráfagas acumulan hojas secas en ángulos que propician la formación de remolinos, mientras que muy arriba la ventolera empuja nubes blancas lobuladas que se agrupan en un rincón del firmamento, indecisas, curiosas, como si antes de retirarse quisieran echar la vista atrás para observar quién llega en el automóvil que acaba de estacionar delante del edificio.

Un joven espigado y más bien enjuto se apea del vehículo y observa con atención la construcción que tiene enfrente, grande, de dos alturas, sólida, calzada en piedra. Hacia él se adelanta el cuerpo central del edificio, y desde su parte posterior emergen perpendiculares dos largos brazos de doble altura poblados de ventanas. Cinco escalones ofrecen la entrada principal, protegida por una puerta de doble hoja, hierro y cristal, pintada en rojo cereza. En un segundo plano, las alas laterales de la edificación ocultan un pinar que se anticipa a un horizonte zigzagueante de montañas. Por encima, la cubierta a dos aguas se prolonga más allá de la planta para proteger la fachada.

Sin coger la maleta que el conductor ha sacado del vehículo, Óscar Leiva da unos pasos hacia atrás para mejor observar el conjunto. Allí de pie, quieto durante algunos minutos, se recrea en la gama de colores que percibe en

derredor: la alegre madera de las contraventanas sobre la limpia cal de las paredes; el ubicuo verde, ligero al tapizar la grama del suelo, lustroso envolviendo los setos fronterizos, oscuro al afilar las agujas de las coníferas que rodean la finca; y los azules, el contaminado en gris que brota de la sierra, el límpido y terso que se instala en lo más alto.

Se siente como un explorador urbanita que estrena tal condición y alcanza territorio desconocido, un nuevo paisaje que le agrada y en el que se adentrará con curiosidad, un distinto entorno humano aún inédito en el que ha de vivir y sobre el que se muestra expectante, del que ignora incluso el número de componentes que lo integran, elemento importante pues es sabedor, a pesar de su juventud, que el incremento del número de personas que conforman un determinado grupo eleva dramáticamente la probabilidad de que alguna de ellas merezca el calificativo de reventador de la convivencia, por utilizar una denominación no tan agresiva como la de hijoputa, más apropiada.

Vuelve la vista al edificio y observa un colegio. Y liberando su mente, en el interior vislumbra aulas, pupitres, profesores dando clase; incluso se imagina a sí mismo como uno de ellos: se encuentra sobre la tarima escribiendo con tiza algo en la pizarra, quizá un polinomio, y es entonces cuando vuelve a sentir esa reciente inquietud, esas dudas, a la vez que —buscando respuestas que puedan tranquilizarlo— le genera urgencias por ponerse a prueba. El joven acude a su primer empleo, de profesor, y desconoce cómo va a desenvolverse en el desempeño docente: nunca ha ejercido tal función, ni siquiera en clases particulares, pero ha sido alumno muchos años, recién ya no lo es, y por ello opina que un elemento fundamental en el buen hacer del enseñante es la claridad en las explicaciones, no solo para optimizar el tiempo de aprendizaje, que también, sino en especial para tratar de evitar el rechazo de quien ve la materia a estudiar cercana a lo incomprensible. Y supone que a sus futuros alumnos, estudiantes del Bachillerato Elemental,

les deberá dar la materia desmenuzada, medio digerida, como el ave que entrega a sus crías el bolo alimenticio una vez regurgitado. Y también tendrá que evitar la falta de interés, el aburrimiento en clase, pero ese es otro tema; al menos de momento tratará de evitar el hastío de aquellos que se sienten incapaces de entender lo que se les explica.

Ahora tiene ante sí el edificio donde impartirá las clases. Y no solo eso. Será también su vivienda durante el curso, una vivienda compartida con otros profesores de los que ignora todo. De hecho no conoce a nadie, y constituye una incógnita adicional cómo se desarrollará la convivencia entre ellos obligados a una proximidad continua día tras día, en un entorno poco menos que aislado. Óscar Leiva es un hombre tímido, serio, aunque su seriedad es más de su rostro que de su carácter, algo retraído pero afable, si bien presto a emplear un aguijón si es preciso para repeler cualquier ataque.

Vuelve a observar el entorno —retrasa así su entrada al edificio, no está claro si curioseando lo nuevo o tomando impulso a fin de superar la barrera anímica que le suponen nuevos contactos personales—, muestra de lo atrayente y lo duro de la sierra madrileña en un espléndido día soleado de viento cortante. De momento, la impresión es favorable. El recién llegado es un hombre optimista, y lo que tiene ante los ojos produce en su ánimo un pellizco de euforia en relación con su futuro inmediato, a pesar de presentir la posible aparición de dificultades en el devenir del colegio, no tanto en el desarrollo de la actividad docente cuanto por posibles conflictos personales. Pero su intuición está muy alejada de la realidad que habrá de vivir, con apariencia más de trama novelesca que de hechos con existencia objetiva.

Poco antes, al bajar del autobús que lo ha llevado desde Madrid a Fuentifría de la Pinilla, ve un Renault 4L que se encuentra estacionado a pocos metros de la parada. El presunto conductor se recuesta sobre el vehículo como a la es-

pera; es un hombre joven, algo mayor que Óscar, treintañero, moreno, de barba cerrada, constitución sólida y mediana estatura.

—¿Es usted taxista?

—En mis ratos libres.

—¿Es este uno de ellos?

—Sí, suba. —Abre el maletero e introduce el equipaje del recién llegado. Y al poner en marcha el vehículo, sin volverse, mirando el espejo retrovisor, comenta—: No necesita decirme dónde va. Sabía que iba a venir. Me llamo Gervasio Muñoz. Trabajo en el colegio. Me encargo del jardín y de la calefacción. También reparo lo que se va estropeando; soy el servicio técnico, vamos.

Al cogerle la maleta, al pasajero le llama la atención las enormes manos del conductor que ahora ve sobre el volante, manos que empuñan cualquier cosa que sujeten o sostengan. Lo comprueba poco después al pagar la carrera y recibir las monedas del cambio, casi perdidas entre los dedos. Seguro que es de los pocos conductores que no se mete el dedo en la nariz, no le cabe, piensa, sonriendo.

Hace unos meses que Óscar Leiva ha finalizado la licenciatura en Ciencias Físicas. Desde el primer momento ha buscado trabajar a fin de liberar a sus padres de su mantenimiento e independizarse económicamente. Después de algún intento que no ha cuajado, como emplearse en empresas fabricantes o distribuidoras de material científico, se interesa en las demandas de profesores en colegios o institutos de enseñanza media. Hay plazas en provincias pero en la capital, si se excluyen las academias, la oferta se reduce a algún colegio religioso que lo rechazará por su nula experiencia docente.

—No me puedo arriesgar a contratar a un recién licenciado. Lo siento —se excusa el director.

Y en el despacho de un centro distinto:

—Es aventurado emplear a quien no ha dado clase con anterioridad. La única posibilidad es que estuviera de prueba unos meses. Sin sueldo —propone el directivo.

—Sin sueldo y sin contrato, por tanto. Pero eso es ilegal —responde Leiva.

—Se le daría una pequeña gratificación. Usted decide.

Después de finalizar los estudios en mayo, ha consumido tres meses de verano en un campamento de milicias universitarias, de modo que pocos días le quedan antes del inicio del curso para la búsqueda de empleo. A ese empeño dedica todos los días sin ningún resultado positivo, lo que le va generando una cierta desazón. En esa tesitura se encuentra cuando, ya iniciado octubre, un día lee en el periódico un anuncio que le interesa: se solicita un licenciado en ciencias para impartir clases en un colegio situado en Fuentifría de la Pinilla, un pueblo de la sierra de Madrid, a más de cien kilómetros al norte de la capital.

No lo piensa dos veces, es una oportunidad laboral que no puede rechazar a esas alturas del calendario, y la incomodidad por la lejanía se compensa con una paga adecuada. En los aspectos administrativo y académico el centro, alumnos y profesores, dependen del instituto de enseñanza media más próximo, el de Navas del Río, donde se realizarán los exámenes finales. El salario incluye un incentivo por parte del Ayuntamiento de Fuentifría, muy interesado en que se abra de nuevo un colegio de enseñanza media que pueda acoger a los niños del pueblo y evitarles un largo desplazamiento a otra localidad.

—Se trata de un colegio mixto para los niños y niñas del pueblo. Además tiene internado —le dice su director, por teléfono.

—¿Internado? ¿En un pueblo? —inquire extrañado Óscar Leiva—. ¿Mixto?

—No, el internado es femenino. Ya te explicaré.

Fuentifría de la Pinilla es un pueblo pequeño, de unos mil habitantes. Se encuentra en plena sierra, alejado de

otros núcleos urbanos y de la carretera nacional norte, desde la que se accede al pueblo —a la altura de Hulago del Monte— por una vía de unos cuarenta kilómetros, asfaltada, estrecha y tortuosa, con acusada pendiente en muchos tramos, y en algunas curvas hielo casi la mitad del año. El colegio se sitúa fuera del casco urbano, a seis kilómetros por carretera y a tres mil metros por un sendero que bordea el arroyo que discurre por aquel paraje. La zona es un pinar casi continuo, trufado de abetos y sabinas.

Óscar Leiva es el único docente novato del grupo, según deduce de su conversación telefónica con el director, Samuel Ortega, quien no le pregunta sobre su experiencia previa en esa actividad quizá porque él a su vez se estrena en la dirección de un centro escolar, o puede que la respuesta no fuera a influir en su contratación por la urgencia de cubrir la plaza, dada la inmediatez del inicio de las clases.

—El edificio solo tiene diez años y se encuentra en buenas condiciones —señala Ortega—. Han sido escasas las reparaciones necesarias. Era propiedad de Acción Fémica, que construyó el inmueble. Hace un año la agrupación vendió el colegio al Ayuntamiento de Fuentifría, cambiando su titularidad de privada a pública.

—¿De Acción Fémica? —pregunta algo sorprendido su interlocutor. Y le viene a la mente una asociación oscura de cuyas actividades se habla en voz baja, y que siguen sin esclarecerse a pesar de perder el apoyo del poder.

—Sí. Escolarizaban a los niños del pueblo en este centro. Ahora seremos nosotros los que realizaremos tal función.

Después de que el taxista-jardinero se haya llevado el vehículo para aparcarlo frente a un lateral del edificio, Óscar Leiva levanta la maleta del suelo, y con la cartera que la otra mano sujeta del asa se aproxima a la entrada. No llega

a tocar el timbre. Le abre el director, que lo ha visto llegar en el coche. No lo conoce personalmente, solo han hablado una vez por teléfono. Samuel Ortega se presenta, y le ofrece una mano fría y blanda que aquel estrecha con energía y desagrado táctil.

El vestíbulo es amplio. A la izquierda se abren dos puertas bajo los rótulos «Secretaría» y «Dirección». Frente a ellas, a la derecha, sobre otra puerta figura «Sala de profesores». El vestíbulo se prolonga hasta alcanzar una amplia escalera de caracol que da acceso al piso superior y al sótano. A un lado y otro de ella se inician anchos pasillos que penetran en las naves laterales. Detrás de la escalera, al fondo, con orientación norte, se ve parcialmente otra gran puerta simétrica a la principal que se asoma a la parte posterior del edificio, y por donde accederán a las aulas los alumnos externos.

A continuación del saludo, los dos hombres entran en el despacho de dirección a cumplimentar algunos documentos. El director, con un gesto de la mano, ofrece al recién llegado la silla situada al otro lado de la mesa.

Samuel Ortega no alcanza la treintena, de estatura media tirando a bajo y complexión tendente a la redondez como su cara, es un hombre metódico en las formas y en la dicción que unas veces derivan en afectadas y otras parecen querer afirmar su autoridad, como diciendo que allí él es el director —levanta mucho la barbilla cuando habla, lanza opiniones como si fueran sentencias esculpidas en piedra—, lo que parece contradecir la poca prestancia de su figura y el semblante mofletudo, lampiño, de rasgos anodinos que más que de bonachón da la impresión de blandengue.

El recién llegado se sienta en una silla de escay negra a la par que deja su abrigo en otra y su cartera en el suelo, a un lado. Mientras el director busca en un cajón de la mesa los impresos que le interesan, aquel recorre con la mirada las paredes laterales del despacho: una alta estantería de

madera, casi vacía, ocupa una de ellas; en la otra, un solitario calendario de grandes números anuncia una bodega de La Mancha. Luego, tras la ventana situada a la espalda del director, observa el breve jardín que crece delante del ala oeste del edificio, y el pinar que se levanta más allá del seto de aligustre.

Para romper el silencio, Óscar Leiva comenta:

—El taxista me ha dicho que es el jardinero del centro.

Ortega se endereza y se echa hacia atrás apoyándose en el respaldo del sillón giratorio.

—Sí. Te lo he enviado yo. ¿No le habrás abonado la carrera? —Y ante la respuesta afirmativa, exclama, sin la menor intención de reponerle el gasto, que por otra parte es de poca cuantía—: ¡Ya lo ha hecho otra vez! Le dije que pasara el cargo al centro. Quiere ir por libre, siempre.

Con pocos añadidos, el director vuelve a darle la información que ya le había proporcionado por teléfono, si bien se extiende en un aspecto relevante que completa respondiendo al interés de Óscar.

—Las familias de las alumnas internas residen en la capital, principalmente. Alguna procede de más lejos. Otras de zonas próximas, de núcleos aislados de la sierra que no cuentan con escuela y que pasan a veces meses aislados por la nieve.

Y prosigue:

—Las chicas son menores de dieciocho años. No se admiten si sobrepasan esa edad, pero algunas están próximas a ella. Y sin superar todavía cuarto de bachiller —enfatisa.

Y a propósito de un comentario de su interlocutor:

—Sí, lo supongo. Solo he visto a unas pocas; imagino que sí, al menos físicamente algunas ya serán mujeres hechas y derechos.

Después de una breve pausa, lo que tarda en buscar en un bolsillo de la americana e introducirse en la boca un caramelo, prosigue: